

RAY BRADBURY

De la ceniza volverás



Esta puede ser la última noche de brujas para la familia Elliot.

La familia Elliot ha vivido durante siglos en una casa de leyenda y misterio y, como Gran Abuela, sus integrantes perduran desde la época de la Esfinge. Sólo Timothy el niño expósito que los fantasmas han adoptado, registra los prodigiosos acontecimientos.

Ahora todos vendrán de visita para Halloween, la Noche de Brujas. A la ansiosa anticipación de la fiesta, le sigue un sentimiento de fatalidad. El mundo no cree más en los fantasmas y la Casa se transforma en un refugio para muchos de ellos. No para Timothy, el único que deberá envejecer y morir.

Por momentos lírica, punzante y estremecedora, *De la ceniza volverás* es la novela que Ray Bradbury escribió a lo largo de más de cincuenta años, a partir de sus primeros cuentos sobre la familia Elliot. Un libro de fantasía deslumbrante y lleno de humor que figurará entre sus obras maestras.

A quienes hicieron posible el nacimiento de este libro: Don Congdon, que estuvo desde el principio en 1946, y Jennifer Brehl, que ayudó a que se completara en el 2000. Con gratitud y amor.

Introducción: Cómo se reunió la Familia

¿De dónde saco mis ideas y en cuánto tiempo logro escribir una, cuando la tengo? En cincuenta y cinco años o en nueve días.

En el caso de este libro, lo empecé a escribir y lo terminé en un plazo que se extendió desde 1945 hasta el año 2000.

Con *Fahrenheit 451* tuve la idea un lunes y terminé de escribir la primera versión corta nueve días más tarde.

Como ven, todo depende de la pasión inmediata. *Fahrenheit 451* fue algo inusual, escrito en tiempos inusuales: en el período de la caza de brujas que terminó con Joseph McCarthy en los años cincuenta.

La Familia Elliot de *De la ceniza volverás* empezó su existencia cuando yo tenía siete años. Cada Octubre, cuando llegaba Halloween, la Noche de Brujas, mi tía Neva nos amontonaba a mí y a mi hermano en su viejo Ford T, para ir al campo de otoño a recoger mazorcas de maíz y calabazas silvestres, que traíamos a casa de mis abuelos. Colocábamos las calabazas en los rincones, poníamos las mazorcas en la entrada y trasladábamos las tablas de la mesa del comedor a la escalera, para que hubiera que deslizarse en vez de bajar los escalones.

Neva me depositaba en el altillo, disfrazado de bruja con una nariz de cera, y escondía a mi hermano debajo de la escalera que subía a la buhardilla, e invitaba a sus celebrantes de Halloween a trepar durante la noche para entrar

en casa. El ambiente era rampante y alegre. Entre mis más bellos recuerdos, guardo los de esta tía mágica que era sólo diez años mayor que yo.

Con este telón de fondo de tíos, tías y mi abuela, empecé a pensar que había que recoger en el papel algo de todo eso, para que pudiera conservarse para siempre. Así, en mis tempranos veinte años, empecé a jugar con la idea de esta Familia tan rara, extravagante y rococó, cuyos integrantes podrían ser vampiros, aunque tal vez no lo fueran.

Al terminar el primer cuento sobre mi curiosa familia — con escasos veinte años—, ya estaba escribiendo para la revista *Weird Tales*, por la extraordinaria suma de medio centavo la palabra. Publiqué muchos de mis primeros cuentos allí, sin saber que estaba creando historias que sobrevivirían a la revista, hasta el día de hoy.

Cuando me aumentaron a un centavo la palabra, me creí rico. Así, mis cuentos fueron apareciendo uno a uno, y los vendía por quince, veinte, y a veces, veinticinco dólares cada uno.

Cuando terminé «La Visita a Casa», el primer cuento sobre mi familia, *Weird Tales* lo rechazó inmediatamente. Siempre había tenido problemas con ellos, porque se quejaban de que mis historias no tenían fantasmas tradicionales. Querían cementerios, noches cerradas, caminantes extraños y asesinatos increíbles.

Yo no podía citar al fantasma de Marley una y otra vez, por más que lo amara, igual que a todos los fantasmas que visitaban a Scrooge^[1]. *Weird Tales* quería émulos de *El tonel del amontillado*, de Edgar Allan Poe, o de la calabaza de la *Leyenda de Sleepy Hollow*, de Washington Irving.

Sencillamente yo no podía hacerlo; lo había intentado una y otra vez, pero mis cuentos se transformaban en narraciones de hombres que descubrían el esqueleto que los aterrorizaba dentro de sí mismos, o en historias sobre frascos llenos de criaturas extrañas e insospechadas. *Weird Tales* aceptó algunos de ellos muy a pesar suyo y con quejas,

por eso, cuando «La Visita a Casa» llegó a sus oficinas, dijeron «¡Basta!», y el cuento me fue devuelto. No sabía qué hacer con él, porque en aquel tiempo había poco mercado en los Estados Unidos para contar tales historias. Por simple intuición, lo mandé a la revista *Mademoiselle*, donde había tenido suerte el año anterior al venderles un cuento breve que había enviado en un impulso. Pasaron muchos meses. Pensé, bueno, quizás el cuento se perdió. Finalmente, recibí un telegrama de los editores, que decían que habían estado pensando en cómo cambiar la historia para adaptarla a la revista, pero que en cambio ¡iban a cambiar la revista para adaptarla al cuento!

Dedicaron el número entero de octubre a mi «Visita a Casa» y además lograron que Katherine Ann Porter y otros escribieran ensayos sobre el tema de Octubre para completarlo. Recurrieron al talento de Charles Addams, que entonces era un caricaturista extravagante del *The New Yorker*, que empezaba a dibujar su rara y maravillosa «Familia Addams». Creó un notable dibujo de mi Casa de Octubre, a doble página, con mi familia flotando en el aire de otoño y cabalgando en la Tierra.

Cuando finalmente apareció el cuento, tuve importantes reuniones con Charles Addams en New York y planificamos un trabajo en colaboración: durante varios años yo escribiría más historias, y Addams las ilustraría. Al final, reuniríamos los cuentos y los dibujos en un volumen. Pasó el tiempo, escribí algunas historias, nos mantuvimos en contacto, pero seguimos nuestro propio camino. Mis planes de escribir un libro se demoraron, porque tuve la suerte de que me encargaran el guión cinematográfico del *Moby Dick* de John Huston. Sin embargo, a lo largo de los años, volvía una y otra vez a mis amados Elliot. Ese cuento inicialmente discreto, «La Visita a Casa», se había convertido en la piedra angular, pieza clave para La Historia de la Vida de la Familia Elliot: su génesis y disolución, aventuras y percances, amores y penas. Y cuando terminé de escribir el último

cuento, ya el querido Charles Addams había pasado a la Eternidad, habitada por las criaturas de su mundo y el mío.

Ésta es, en síntesis, la historia de *De la ceniza volverás*. Fuera de ello, podría agregar que todos mis personajes se basaron en los parientes que vagaban por la casa de mi abuela en esas noches de Octubre, cuando yo era niño. Mi tío Bion existió y los nombres de todos los demás que figuran en este libro, estuvieron, en su momento, relacionados con los de los primos, tíos o tías. Aunque han muerto hace tiempo, viven otra vez y flotan en los tubos de la chimenea, escaleras y altillos de mi imaginación, conservados allí, con gran amor, por este muchacho que alguna vez fue fantásticamente joven y que estaba increíblemente impresionado por el misterio de Halloween, la Noche de Brujas.

Ray Bradbury
Verano 2000

Prólogo: La Muy Bella está aquí

En el altillo donde en los días de primavera la lluvia golpea suavemente el techo, y donde en las noches de diciembre el manto de la nieve se puede sentir afuera, a pocos centímetros, existe Mil Veces Gran Abuela. No vive ni ha muerto para siempre; ella... existe.

Y ahora que está por suceder el Gran Acontecimiento, que está por llegar la Gran Noche, y que la Visita a Casa está a punto de ocurrir, ¡debo visitarla!

—¿Estás lista? ¡Allí voy! —la voz de Timothy se escuchó apenas, bajo la puerta trampa que tembló—. ¿¡Sí!?

Silencio. La momia egipcia no se movió. Cautiva del tiempo, estaba apoyada en un rincón oscuro, como un antiguo ciruelo seco o una tabla de planchar quemada y abandonada, con las manos y las muñecas atadas sobre el pecho de barro seco, y un recuerdo brillaba en las líneas de sus ojos de lapislázuli azul oscuro, tras los párpados cosidos, mientras su boca, con la lengua marchita y agusanada, silbaba y suspiraba y susurraba, para recordar cada hora de cada noche perdida de hace cuatro mil años, cuando ella era la hija del faraón, vestida con tules y sedas cálidas, con joyas que le brillaban en las muñecas, mientras corría por los jardines de mármol para ver la erupción de las pirámides en el aire ígneo de Egipto.

Entonces Timothy levantó la puerta trampa cubierta de tierra para entrar en ese mundo de medianoche del altillo.

—¡Oh, la Muy Bella!

Un leve polen de ceniza cayó de los labios antiguos de la momia.

—¡Ahora, la No Muy Bella!

—Abuela, entonces

—Abuela únicamente, tampoco —fue la suave respuesta.

—¿Mil Veces Gran Abuela?

—Eso está mejor —la voz antigua llenó de ceniza el aire silencioso—. ¿Vino?

—Vino —Timothy había subido con una pequeña botella en las manos.

—¿Qué cosecha, niño? —murmuró la voz.

—De antes de Cristo, Gran Abuela.

—¿Cuántos años?

—Dos mil, casi tres, antes de Cristo.

—Excelente —cayó ceniza de la sonrisa marchita—. Ven.

Timothy se abrió camino entre un montón de papiros y se acercó a la ahora No Muy Bella, cuya voz era increíblemente encantadora.

—Niño —dijo la sonrisa marchita—, ¿me temes?

—Siempre, Gran Abuela.

—Humedece mis labios, niño.

Él se estiró para dejar que una única gota humedeciera los labios que ahora temblaban.

—Más —susurró ella.

Otra gota de vino tocó la cenicienta sonrisa.

—¿Aún tienes miedo?

—No, Gran Abuela.

—Siéntate.

Se sentó en la tapa de una caja pintada con jeroglíficos de guerreros y dioses como perros, y dioses con cabeza de león.

—¿Por qué estás aquí? —dijo la voz ronca bajo el sereno rostro de barro seco.

—¡Gran Abuela, mañana es la Gran Noche que he estado esperando toda mi vida! ¡La Familia, nuestra Familia, vendrá volando de todas partes del mundo! Gran Abuela,

dime cómo empezó todo, cómo se construyó esta casa, de dónde vinimos y...

—¡Basta! —lo interrumpió suavemente la voz—. Déjame recordar mil mediodías. Déjame hundirme en el pozo profundo. ¿Silencio?

—Silencio.

—Bien —el susurro llegó a través de cuatro mil años—, así es como fue...

Capítulo Uno: El pueblo y el lugar

Al principio, dijo Mil Veces Gran Abuela, había un lugar en la extensa llanura cubierta de hierba, con una colina donde no había nada más que hierba y un árbol, tan retorcido como un rayo negro. Nada crecía allí hasta que llegó el pueblo y apareció la Casa.

Todos sabemos cómo se forma un pueblo, necesidad a necesidad, hasta que de pronto el corazón se pone en marcha y hace circular a la gente rumbo a su destino. Pero, preguntarás, ¿cómo aparece una casa?

El hecho es que el árbol estaba allí y un leñador que iba al Lejano Oeste se apoyó en él y adivinó que el árbol existía antes de que Jesús cortara madera y cepillara tablas en la casa de su padre, o de que Poncio Pilatos se lavara las manos. El árbol, dijeron, había atraído a la Casa desde los tumultos del clima y de las incursiones del Tiempo. Una vez que la Casa estuvo allí, con las raíces del sótano en lo profundo de unas lápidas chinas, era tal su magnificencia —las fachadas se habían copiado de las últimas que se veían en Londres— que las carretas que trataban de cruzar el río, dudaron, pues las familias alzaban la mirada a la colina y decidieron que, si este lugar vacío había sido bueno para un palacio papal, un monumento real o la morada de una reina, no había motivo para irse. Entonces las carretas se detuvieron, se dio de beber a los caballos, y cuando las familias atinaron a reflexionar, se encontraron que tanto sus zapatos como sus almas habían echado raíces. Estaban tan impresionados por la Casa de la colina junto al árbol con forma de rayo, que temieron que, si se iban, la Casa los se-

guiría en sueños y les haría despreciar todos los lugares que estuvieran más adelante, esperándolos.

Entonces, la Casa apareció primero y su aparición fue la materia de nuevas leyendas, mitos o tonterías de borrachos.

Parece que hubo un viento que se levantó sobre la llanura, trayendo una suave lluvia, que se convirtió en una tormenta que atrajo un huracán de gran fuerza. Entre la medianoche y el amanecer, la enorme tormenta arrastró todo lo que estaba suelto entre las fortalezas de Indiana y Ohio, desmanteló los bosques del alto Illinois y llegó al lugar por nacer, se estableció allí y, con la mano firme de un dios oculto, depositó, tabla a tabla y teja a teja, una excitante estructura de madera que, mucho antes de la salida del Sol, se erigió como algo soñado por Ramsés, concluido por Napoleón, escapado de un Egipto de ensueño.

Dentro había suficientes vigas para construir San Pedro, y a la luz del Sol, suficientes ventanas para cegar a una migración de pájaros. Había una entrada con suficiente espacio para que parientes e invitados bailaran en una celebración. Tras las ventanas, se formó un conglomerado, un pánal, un laberinto de cuartos, suficiente para un listado, un escuadrón, un batallón de legiones por nacer, pero cuya llegada había sido prometida por las visitas de los fantasmas.

Entonces, la Casa quedó terminada y techada antes de que las estrellas se disolvieran en la luz, y estuvo sola en la colina durante muchos años, incapaz por algún motivo de atraer a sus futuros hijos. Debía de haber un ratón en cada agujero, un grillo en cada hogar, humo en las numerosas chimeneas, y criaturas, casi humanas, que congelaran las camas. Y luego: perros rabiosos en los patios, gárgolas vivas en los techos. Todos esperaban que el inmenso trueno de la antigua gran tormenta gritara: *¡Que empiece!*

Y, muchos años más tarde, finalmente, lo hizo.

Capítulo Dos: Llega Anuba

La gata vino primero, para ser *absolutamente primera*. Llegó cuando todas las cunas y los roperos y los rincones del sótano y del altillo necesitaban alas de Octubre, suspiros de otoño y ojos encendidos; cuando los candelabros eran un sitio disponible y los zapatos un lugar por ocupar, cuando las camas ansiaban que las cubrieran nieves desconocidas y los pasamanos anticipaban el deslizarse de criaturas con más polen que substancia, cuando las ventanas, vencidas por los años, distorsionaban los rostros que miraban desde las sombras, cuando las sillas vacías parecían ocupadas por cosas ocultas, cuando las alfombras deseaban pisadas invisibles y la bomba de agua en el depósito de atrás aspiraba y espiraba licores viles hacia un terreno abandonado por la probable aparición de pesadillas, cuando las tablas del piso gemían con los óleos de las almas perdidas, y cuando las veletas de los altos techos giraban en el viento y sonreían con dientes de grifo, mientras los escarabajos de la muerte repiqueteaban detrás de los muros...

Recién entonces llegó la gata real llamada Anuba.

La puerta de adelante se abrió de golpe.

Y allí estaba Anuba.

Vestida con fino pelaje de arrogancia, su motor silencioso de siglos antes que el Rolls Royce, era más silencioso aún. Paseó por los corredores, criatura noble, recién llegada de un viaje de tres mil años.

Había comenzado con Ramsés, cuando archivada y guardada a sus reales pies, durmió unos pocos siglos con otro cargamento de gatos momificados y envueltos en lino,

para despertarse cuando los soldados asesinos de Napoleón intentaron agujerear con balas su rostro de Esfinge, icono de león, antes de que la pólvora de los Mamelucos los lanzara al mar. Y entonces los gatos, acompañados por su reina felina, vagaron por los callejones de los negocios, hasta que las locomotoras de la rema Victoria cruzaron Egipto, usando como combustible los restos de las tumbas y el asfalto que cubría a los muertos envueltos en lino. Estos paquetes de huesos y brea inflamable alimentaron las chimeneas de lo que se conoció como el Expreso Nefertiti-Tut. Los humos negros que ardieron en el aire de Egipto fueron visitados por los primos de Cleopatra, que volaron como cascarillas en el viento, hasta que el Expreso llegó a Alejandría, donde los gatos aún no quemados y su Reina Emperatriz se embarcaron rumbo a los Estados Unidos, embalados en grandes rollos de papiro, y fueron enviados a una fábrica de papel de Boston, donde, una vez desempaquetados, los gatos huyeron como polizones en los vagones de los trenes, mientras el papiro, desparramado en inocentes imprentas de papel timbrado, asesinaba a doscientos o trescientos aprovechadores con terribles miasmas bacterianas. Los hospitales de Nueva Inglaterra se inundaron de enfermedades egipcias, que hicieron desbordar los cementerios, mientras los gatos, abandonados en Memphis, Tennessee, o en Cairo, Illinois, recorrieron el resto del camino hasta el pueblo del árbol oscuro y la Casa tan peculiar de la colina.

Y así Anuba, con su piel de fuego cubierta de hollín, sus bigotes como chispas de relámpago y sus pezuñas de ocelote, paseó por la Casa, en esa noche especial, ignorando los cuartos vacíos y las camas sin sueños, para llegar hasta el hogar principal en el gran salón. En el momento en que daba tres vueltas para sentarse, se encendió el fuego en la recóndita chimenea.

Escaleras arriba se prendieron fuegos en otra docena de chimeneas, mientras la reina de los gatos reposaba.

Esa noche, los humos que subieron por las chimeneas recordaron los sonidos y las imágenes espectrales del Expreso Nefertiti-Tut, cuando atronaba las arenas de Egipto desparramando las vendas de las momias rápidamente abiertas como libros de biblioteca, y avisaron a los vientos, cuando se fueron.

Y ésta, por supuesto, fue sólo la primera llegada.